

REVOLUCIÓN DE LOS CLAVELES: EL PODER DE LA POESÍA Y LA ÉTICA

Por TEREIXA CONSTENLA

Portugal, 1974. Apenas veinte minutos después de la medianoche del jueves 25 de abril, unos cinco mil militares inician los preparativos para salir a la calle en diferentes localidades del país. Quieren acabar con las tres guerras coloniales que libran en África desde hace trece años y derribar la dictadura más longeva de la Europa occidental.

La contraseña elegida para avisar a todos los cuarteles al mismo tiempo es poesía, como lo serán tantas cosas ocurridas en las siguientes horas. “Grândola, vila morena”, la canción de José Afonso, suena en Radio Renascença, la emisora propiedad de la Iglesia católica, gracias al plan urdido por el periodista Carlos Albino para burlar la censura tras ser contactado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas, MFA, que lleva nueve meses conspirando contra el régimen. Los rebeldes la escuchan y saben que ha llegado la hora de la verdad.

Las acciones previstas en la Operación Viraje Histórico, el plan operativo diseñado por el mayor de artillería Otelio Saraiva de Carvalho, se ejecutan con celeridad y éxito. El momento de mayor voltaje se da junto al río Tago, cuando tropas fieles al Estado Novo, como se autodenominaba la dictadura, comandadas por el general de brigada Junqueira dos Reis sa-

len al encuentro de los sublevados de la Escuela Práctica de Caballería de Santarém, capitaneados por Fernando Salgueiro Maia. Allí, a media mañana, Junqueira dos Reis da órdenes a los suyos de disparar mientras el capitán camina hacia él con una granada en el bolsillo, dispuesto a sacrificarse.

Nadie obedece al general de brigada, ni siquiera el cabo apuntador de un carro de combate amenazado con una pistola por su superior. El cabo, que permaneció en el anonimato cuatro décadas, se encierra en el interior de su tanque M47 junto a dos compañeros y no dispara. Ese fue el instante decisivo, el momento en que los rebeldes fueron conscientes de que habían ganado la partida. Aunque habrá todavía otros episodios tensos, como el asedio al cuartel del Largo do Carmo donde se había refugiado Marcelo Caetano, cabeza visible de aquella dictadura desde 1968, tras suceder a António Oliveira Salazar, el duelo se ganó allí, frente al Tajo. Varios hombres valientes como el capitán Salgueiro Maia, el cabo José Alves da Costa o el alférez Fernando Sottomayor, que también desobedeció la orden de disparar contra los golpistas, tomaron decisiones que facilitaron la llegada de la libertad.

El coraje de militares, tanto los conjurados durante meses como los que traicionaron a la dictadura sobre la marcha, es uno de los pilares sobre los que se fundó la democracia portuguesa. El otro pilar es la participación popular. El golpe de estado se transformó en una revolución cuando los ciudadanos salieron a la calle en masa y jalearon a los insurrectos. Ese abrazo popular a la rebelión impide que haya marcha atrás. En el Largo do Carmo, mientras esperan el desenlace final, los portugueses despliegan su cancionero político, incluido uno de los himnos de los republicanos españoles, “Ay, Carmela”, y gritan contra la guerra colonial y la dictadura. En ese momento, lo que está pasando ya tiene un nombre a la altura de aquella jornada feliz: la Revolución de los Claveles, así bautizada cuando los jóvenes soldados de Santarém colocan sobre sus fusiles las flores que reparte la camarera Celeste Caeiro junto al Rossio. Un gesto que se multiplicará a partir de entonces por todo el país.

El 25 de abril de 1974 fue generoso en poesía y ética. La evacuación de Marcelo Caetano, tras su renuncia al poder, es un ejercicio moral, humanitario. Uno de esos actos donde se dirime con esperanza el eterno conflicto sobre la naturaleza humana –la dichosa pregunta de si en el origen hay maldad o bondad– que mantuvieron Hobbes y Rousseau. Las revoluciones tienen un rico catálogo de dictadores ajusticiados de la peor manera como le ocurrió a Mussolini, que en 1945 acabó protagonizando una estampa medieval, con su cadáver colgado de los pies en una plaza pública en Milán mientras seguía recibiendo golpes y disparos después de muerto.

El MFA pretendía una rebelión pacífica, sin violencias ni venganzas, pero ejecutar esas directrices en un contexto como el Largo do Carmo, una plaza abarrotada de militares y de civiles frente a un edificio donde se atrincheraban decenas de guardias con fusiles, fue uno de los principales quebraderos de cabeza que afrontó aquel día el capitán Maia. La operación fue un éxito y Marcelo Caetano se fue al exilio sin un rasguño, con la mochila cargada de irritación ante la “ingratitude” de los portugueses. Murió en Brasil y nunca regresó a su país. Tampoco fue nunca juzgado. Para entonces, Salazar ya llevaba casi cuatro años fallecido.

Uno de los aspectos insólitos del golpe de estado reside en su altruismo. La historia está repleta de levantamientos militares que acaban de mala manera y que están enraizados en la ambición del poder. Ocurrió el 18 de julio de 1936 cuando una parte del ejército español dio un golpe de estado contra el Gobierno democrático de la Segunda República. El fracaso del levantamiento desencadenó una terrible guerra civil durante tres años. A diferencia de Franco, los golpistas portugueses ni querían imponerse a sangre y fuego ni querían el poder. Vasco Lourenço, el único superviviente del secretariado permanente del MFA (los otros fueron Vítor Alves y Otelio Saraiva de Carvalho, fallecidos en 2011 y 2021) y presidente de la Asociación 25 de Abril, define en una sola frase la singularidad de lo que hicieron: “Fue una acción única en la historia universal en la que los militares dan un golpe de Estado contra una dic-

tadura soportada en buena medida por otros militares, facilitan la llegada de la democracia y regresan luego a sus cuarteles”.

Aquel día de primavera cinco mil hombres armados salieron a la calle para enterrar una dictadura y devolver la voz a los portugueses. Las utopías de civiles y militares se alinearon detrás de la palabra “libertad”. Los portugueses se adueñaron de su destino. Un año después, el 25 de abril de 1975, votaban en democracia para elegir a la Asamblea constituyente que se encargaría de redactar su Constitución. Hubo luego momentos convulsos, atentados y luchas de poder que colocaron al país en una situación de riesgo de conflicto civil. A partir del 25 de noviembre de 1975 el país se deslizó hacia el modelo de las democracias occidentales y abandonó el sueño revolucionario que dominó la política y los cuarteles durante veinte meses.

Hay sueños de abril incumplidos, como la persistencia de la pobreza, que afecta al 20% de la población, o la dificultad de acceder a una vivienda, que ha pasado a ser un drama de clases medias. Ahora soplan de nuevo tiempos borrascosos, con la ultraderecha afianzada como tercer partido político del país, pero la movilización que el pasado abril recorrió el país demuestra que hay una sociedad consciente de lo que conquistaron hace medio siglo. La libertad y el deseo de justicia social se han enraizado en el código genético de la sociedad desde aquel jueves de 1974 en que demostraron al mundo que las revoluciones pueden hacerse con poesía y ética.